

... Ella no siguió a sus amiguitos en los juegos sino que se dirigió en la dirección contraria, hacia el preescolar segregado del pueblo. Era sábado y los niños de color estarían allí; era el único día en que se les permitía asistir a clases, pues ningún niño blanco iba los sábados a la escuela. Al entrar con paso decidido al edificio de sólo un aula, paredes y techos de madera roja, Tracey encaró a la joven maestra de color. Mientras caminaba para llegar al frente del salón, observó que los diez niños y niñas negros que asistían al preescolar dormían. Era la hora de la siesta que tanto disfrutaba Tracey cuando ella asistía allí un año atrás. Sin embargo, sus labios murmuraron al pasar: "Vagos". Durante su caminata, vio el candado y la cadena con las que cerraban la escuela todas las noches colgando de una silla cercana al pupitre de la docente. Al acercarse a la maestra, Tracey le comunicó que el sheriff del pueblo la buscaba por una cuestión urgente. La maestra le pidió a la pequeña que cuidara de sus niños mientras iba en busca del comisario, ya que éstos no se despertarían todavía. Tracey aceptó y sus ojos brillaron con malévolamente intención.

Al irse la maestra, Tracey apresuró su tarea purificadora. Sacó los fósforos de su bolsillo y comenzó. Primero prendió los papeles en el tacho de basura, luego los que encontró en el escritorio de la maestra y en sus cajones: la pequeña biblioteca ardió como una pira litúrgica. Por último, esparció algunos papeles que encontró entre los pequeños y los encendió. Tomó el candado y la cadena, salió del aula y trancó la puerta....

Fragmento de Hormiguero, de Juan Miguel Idiazábal